

rara avis



El mensaje del muerto
Florence Marryat

TRADUCCIÓN DE
EUGENIA VÁZQUEZ NACARINO

ALBA

Nota al texto

- I. El profesor en el seno de su familia
- II. Una agradable velada
- III. El profesor empieza a vivir
- IV. Lo que los demás pensaban de él
- V. El profesor se encuentra con sus amistades
- VI. De vuelta al hogar
- VII. Un rostro en la cámara
- VIII. La médium
- IX. Susan se dirige a Madeline
- X. La visita de los señores Bunster y Robson
- XI. En el estrecho de Malaca
- XII. Un ferviente deseo de elevación

Notas


Créditos

Alba Editorial

El mensaje del muerto

Florence Marryat

Traducción
Eugenia Vázquez Nacarino

rara avis
ALBA 

Nota al texto



El mensaje del muerto se publicó por primera vez en Nueva York (C. B. Reed) en 1894, y posteriormente en Londres en 1898 (Bliss Sands & Co.) con el título de *A Soul on Fire* [Un alma en llamas].

¿Es el Cielo un lugar o un estado de conciencia?
Que lo decida la experiencia:
el amor lleva el Cielo consigo a donde vaya,
mientras el odio porta el Infierno en sus entrañas.

CHARLES MACKAY, «Cielo e Infierno»

I. El profesor en el seno de su familia



El profesor Aldwyn estaba en su biblioteca, absorto en la lectura minuciosa de un artículo del último número de la revista *Fin de Siècle*, calzado con unas chinelas frente a un fuego resplandeciente y con los pies sobre un escabel tapizado de terciopelo. Era un fuego espléndido. El aire seco y gélido de marzo hacía crepitar los gruesos leños, que al arder levantaban en la amplia chimenea una centelleante lluvia de chispas. Más apoltronado no podía estar el profesor en su butaca, con un pequeño cabezal de felpa escarlata encajado en el hueco de la nuca y su figura gratamente envuelta en un holgado batín. De hecho, podría decirse que se encontraba completamente a sus anchas.

En la estancia que ocupaba no faltaban signos de riqueza y buen gusto. Las paredes estaban forradas de libros, valiosos tomos bien encuadernados dispuestos en anaqueles desde el techo hasta el suelo: una colección de toda una vida que se prolongaba ya más de cincuenta y cinco años. El profesor vivía para y para sus libros, no le interesaba nada más. Incluso se diría que se alimentaba y bebía de ellos, pues rara vez se sentaba a la mesa con su familia sin un libro entre las manos, que apoyaba en un vaso o en una vinagrera y seguía devorando mientras daba cuenta de la comida.

La moqueta de la biblioteca era de mullido terciopelo; el escritorio, espacioso y provisto de todo lo necesario y conveniente; las sillas y las butacas eran recias y cómodas. Unas cortinas tupidas tamizaban la luz de los ventanales y la puerta, y de noche dos grandes quinqués iluminaban la estancia. A eso se ceñía la elegancia en la biblioteca del profesor; en ningún lado se veían flores, ni consolas primorosas, ni demás indicios de ocupación femenina. Era en esencia el despacho de un hombre, pero de un hombre que sabía cuidar de sí mismo. El profesor Aldwyn seguía arrellanado en su butaca, profundizando en el tomo con sus pálidos ojos azules y la ayuda de unos lentes. El artículo que absorbía su atención llevaba por título «¿Engañarse uno mismo es síntoma de demencia?». Mientras lo leía con voracidad, el profesor manifestaba a cada momento su aprobación y su conformidad con quedos murmullos.

—¡Desde luego! Cierto, muy cierto. Hum, debo tratarlo con Bunster, y también me gustaría saber qué dirá Robson. Les mandaré un telegrama para que vengan esta noche, así podremos discutirlo juntos.

Y con esto el profesor arrimó aún más los pies al generoso y grato fuego, deleitándose en su calidez. En ese momento se oyeron unos golpecitos tímidos y vacilantes en la puerta de la biblioteca, como quien tocara no supiera con seguridad cómo iba a ser recibida su llamada.

—¡Adelante! —bramó el profesor.

La puerta se abrió y en el umbral apareció una de las mujeres más bellas que pueden verse en un día de paseo, joven, alta y esbelta, con una tez blanca del color de una rosa silvestre y unos ojos castaños claros que desbordaban sensibilidad y capacidad de amar. Era la señora Aldwyn, la segunda esposa del

profesor, con la que se había casado apenas dos años antes.

—¿Qué ocurre? —la increpó éste con mal genio—. ¡No te quedes ahí con la puerta abierta, que hay un corriente horrible! ¡Por el amor de Dios, entra o sal de una vez!

La muchacha (pues, a sus veinticuatro años, poco más podía decirse que fuera) entró en el despacho inmediatamente, cerrando la puerta tras de sí, y se acercó a la butaca de su marido.

—Lamento molestarte, Henry —empezó a decir—. Descuida, no voy a entretenerte. Es sólo que he recibido este telegrama de mi primo Ned —dijo tendiéndole un sobre ocre—. Al parecer ha llegado al puerto y quiere pasar a visitarme esta tarde. ¿Qué respuesta le doy? ¿Lo invito a cenar?

El profesor se volvió en redondo en su butaca y la miró fijamente. Era un hombre larguirucho y delgado, un tanto enjuto de carnes y de apariencia ascética, a pesar del amor que sentía por las comodidades mundanas; sus pálidos ojos azules escrutaron a la señora Aldwyn a través de los lentes como si la hubiese hallado en falta, o deseara hacerlo.

—¿Por qué? —preguntó secamente.

Su mujer apenas logró balbucir una respuesta.

—Oh, por ninguna razón en particular. Es mi primo hermano, no nos hemos visto hace más de un año y quiere venir. ¡Nada más!

—Entonces que espere a que lo inviten. Hoy no podemos recibirle, ¡no es un buen día! El señor Bunster y el señor Robson van a venir a cenar.

—¿Los has invitado? No me habías dicho nada...

—No, pero me dispongo a invitarlos ahora mismo. Espera un momento, así te llevas las esquelas y encargas de que James las mande.

Se volvió hacia el escritorio y empezó a redactar las invitaciones. Al terminar se las tendió a su mujer y, sin más comentarios, volvió a enfrascarse en la lectura del artículo. La señora Aldwyn se demoró en la puerta un momento, dando vueltas a las cartas en la mano.

—Pero, Henry —se aventuró a decir al fin—, si vamos a recibir a estos dos caballeros, ¿qué más da que invite también a Ned Standish?

—¡Cómo que qué más da! ¿De qué estás hablando? ¿Acaso crees que cuando invito a mis amigos científicos para tratar un asunto importante quiero que un terco asno como Ned Standish me interrumpa con sus sandeces? No pienso consentirlo. Mándale un telegrama y dile que tienes un compromiso, que nos visite en otra ocasión. Aunque la verdad es que no logro entender para qué quieres verlo.

—No veo a mis parientes a menudo —contestó ella con un temblor en el labio—, ni tampoco sueles importunarte con esta clase de peticiones. Ned se va ausentar de la ciudad un tiempo y dice que tal vez no disponga de otra ocasión para visitarnos.

—Bien, pues hoy no puede ser, y punto. Echaría por tierra la tertulia con mis amigos. Tampoco entiendo ese afán infantil de ver siempre a tu familia, teniendo como tienes la compañía de Madeline y Gilbert. ¿Acaso no te basta con disfrutar de ellos?

Ethel salió de la biblioteca sin ceder a más protestas, aunque cerró la puerta con cierta brusquedad.

Al llegar al recibidor, una atractiva joven de unos dieciocho años abrió la puerta del comedor y le dijo sin rodeos:

—¿Qué ha dicho, mamaíta? ¿Está de un humor de perros, como de costumbre?

La señora Aldwyn esbozó una sonrisa triste.

—Supongo que puede decirse que sí, Maddy. Me ha pedido que no invite a Ned a cenar, porque el señor Bunster y el señor Robson van a venir a pasar la velada con él.

—¿Y qué tendría de malo que el bueno del primo Ned se uniera a esos dos carcamales? Sería el único capaz de animar la cena. Es tan típico de papá, ir siempre a la contra de lo que proponemos. Te juro que casi empiezo a odiarle.

—Calla, Maddy, calla. Esas cosas no se dicen, está muy feo.

—Sí, mamaíta, ya sé que siempre te quejas, pero ¿qué cariño o respeto esperas que sienta por un hombre que vive sólo para contrariarnos? Dime, ¿cuándo disfrutas tú de la vida, pobrecita mía? Sabes bien que más desgraciada no puedes ser.

—Ah, no, de eso nada —respondió la señora Aldwyn, alejando con un pestañeo la sospecha de una lágrima—. Papá tiene todo el derecho de obrar como le plazca. Quien manda en casa es él, no debes olvidarlo.

—¡Y bonita forma de mandar! —exclamó Madeline—. Sólo quiere amargar a todo el mundo. Te advierto de que cualquier día Gilbert matará a papá, si no se anda con cuidado. Está de un ánimo sanguinario, tendrías que haber oído las cosas que dijo anoche. Llegó a insinuar que, si esto sigue así, se escapará de casa.

—Ay, está muy mal que Gilbert diga esas cosas —exclamó la señora Aldwyn con preocupación—. Tendré que hablar con él, porque el día menos pensado tu padre oírá alguno de esos dislates y se armará una buena. Pero vamos, Maddy querida, haz el favor de llevar estas notas y este telegrama a James, y pídele que los entregue inmediatamente. Toma, una moneda de seis peniques para el telegrama.

—Supongo que es para decirle a mi querido y apuesto primo Ned que no puede venir esta noche —dijo Madeline, desilusionada.

—Claro, mi niña —replicó su madrastra con gravedad—, ¿qué otra cosa podría decir tras la decisión de tu padre?

Maddy hizo una mueca de disgusto y salió corriendo, y luego la señora Aldwyn pasó al comedor donde encontró a Gilbert, un muchacho de dieciséis años, sentado frente al fuego, malhumorado. Al ver la estampa, la señora Aldwyn se sintió muy abatida; a pesar de que no se atrevía a manifestar abiertamente su pena, la situación de los dos hijos de la casa la hería en lo más vivo, tanto o más que la suya propia. Aquellos jovencitos eran mucho más atrevidos que ella y criticaban sin ambages el egoísmo de su padre y el absoluto menosprecio que mostraba por sus sentimientos. Aunque ella no se atreviera a emularlos, sabía que no se equivocaban al juzgar el carácter del profesor. En aras de la paz doméstica, y para dar buen ejemplo ante Madeline y Gilbert, se esforzaba por ocultar dentro de su pecho la opinión que le merecía la conducta de su marido, a pesar de que con frecuencia la vida se

hiciese un poco cuesta arriba. Ser, a su edad, la única buena influencia sobre dos jovencitos y crecidos y descontentos, cuando ella misma precisaba con tanta urgencia la orientación y el consejo de una madre, era una posición muy difícil para una joven de veinticuatro años. Aun así, la compensaba con creces el gran cariño que Gilbert y Madeline le profesaban.

—¡Ay, Gilbert! —exclamó al ver al muchacho arrojando una buena paletada de carbón al fuego—. Ve con cuidado, jovencito. Si papá te viese echando tantos montones de carbón nos daría un buen discurso sobre economía. Y este año el carbón ha salido carísimo, bien lo sabes.

—Él no lo escatima en la chimenea de su despacho —contestó el chico, al tiempo que arrojaba una nueva paletada—, ¿por qué tenemos nosotros que morirnos de frío? James me dijo que ayer llevó tres cubos de carbón a la biblioteca. Al profesor Aldwyn le gusta tener los pies bien calentitos. Pues a mí mismo le gusta al hijo del profesor, ¡mira por dónde! ¡Ya me gustaría ser hijo de otro!

—No digas eso, querido —repuso Ethel con dulzura—. Si no fueras hijo suyo tampoco lo serías de madre, y estoy segura que eso jamás lo querrías.

—Menos mal que está muerta —dijo el muchacho, obstinadamente—. Sólo me asombra que logras convencerme, pobrecita de ti, para que ocuparas su lugar. De haber seguido con vida, ella misma hubiera aconsejado que no lo hicieras.

—Gilbert, me entristece mucho oírte hablar así —respondió la señora Aldwyn, en el preciso instante que el profesor entraba en la habitación.

—¿Por qué no has ido al colegio? —le preguntó a su hijo; pero Gilbert no le contestó.

—Gilbert, cariño, tu padre te está hablando —intervino Ethel, con una mirada de alarma. Últimamente la pobre vivía atemorizada por las riñas constantes que estallaban entre el padre y los hijos.

—Ya le he oído —dijo el muchacho con insolencia.

—Entonces, ¿puedo saber por qué no me respondes, señor mío? —exclamó el profesor, iracundo—. ¿Por qué no estás estudiando?

—Pues porque anoche me dijiste que soy un zopenco, un botarate y un estúpido, que estabas harto de pagarme los estudios y que lo mejor que podía hacer era coger una escoba y ponerme a barrer, pues que no sirvo para otra cosa —contestó el hijo.

—Entonces, ¿por qué no has captado la indirecta y has hecho lo que te recomendé? —dijo el padre.

—¡Henry, Henry! —lo reconvino su mujer.

—Ethel, no trates de interferir entre mis hijos y yo, porque ni les haces ningún bien a ellos, ni te haces a ti misma —exclamó el profesor—. Este muchacho es un vago y un insolente incorregible, y ha que meterlo en vereda. ¡Míralo ahí sentado, con el pelo revuelto y las manos mugrientas! ¿Acaso crees que voy a sentarme a almorzar con semejante salvaje? Ve a tu cuarto, caballere, y adecéntate. ¿Qué te propones echando pilas y pilas de carbón al fuego? ¿No me basta con cargar con todos los gastos que me traéis tú y tu hermana, que tienes que añadir ese dispendio? ¡Saca ese carbón inmediatamente!

—¡Sácalo tú! —gritó el chico, levantándose de sopetón y marchándose furioso.

—A ver, ¿tienes tú algo que ver con todo esto? —aulló el profesor cuando estuvo a solas con su mujer.

–Creo que podrías ser más justo conmigo, Henry –contestó ella–. Tanto Maddy como Gilbert dirán que nunca les he animado a rebelarse contra ti.

Mientras hablaba, tuvo que tomar asiento. Sentía el corazón a punto de estallarle en el pecho por crueldad y la injusticia con que la trataba su marido, y se compadecía plenamente del pobre chico, que no había hallado mejor modo de expresar su oposición a la tiranía doméstica que gobernaba la casa mañana, tarde y noche, y que llevaba a aquellos dos hijos a aborrecer y despreciar a su propio padre.

Madeline, que acababa de cruzarse con su hermano en la escalera, entró en ese momento. Era mucho la más decidida de los dos, y asimismo más corpulenta y de constitución más vigorosa. Lanzó una mirada desafiante a su padre antes de acercarse a su madrastra y darle un beso.

–¿Qué ocurre, mamaíta? –preguntó–. Ninguna preocupación nueva, ¿verdad?

–Me parece una manera de hablar de lo más impertinente –dijo el profesor, frunciendo el ceño–. ¿Qué te refieres, señorita, con eso de «ninguna preocupación nueva»?

–Exactamente a lo que he dicho, papá. Mamaíta parece triste, así que le he preguntado si se debía a una preocupación que viene de lejos o se trataba de algo nuevo. Creo que está bien claro, ¿no parece?

–No entiendo que le hagas a tu madre semejante pregunta –fue la réplica del profesor, irritado–. ¿De qué preocupaciones puedes quejarte, Ethel, sean nuevas o vengan de lejos?

–¿No crees que ya hemos discutido bastante por hoy? –dijo la señora Aldwyn, levantando la mirada y tratando de sonreír–. Ahora almorcemos, es más tarde que de costumbre. ¿Qué te apetece, Henry, costillas o pastel de carne?

–¡Costillas! ¡Pastel de carne! –repitió el profesor con desdén–. Todo recalentado de ayer. ¿Cuántas veces te he dicho que no me importa lo sencillas que sean mis comidas, que a ningún hombre le importa menos la comida que a mí, pero que no soporto las sobras *réchauffés*? No me saben a nada, antes prefiero comer un mendrugo de pan seco.

–Pues aquí tienes, papá –dijo Maddy, pasándole la hogaza.

–Quizá no sean tan buenas como los platos recién cocinados –dijo la señora Aldwyn–, aunque me parece que la cocinera se esmera mucho al recalentarlas; pero sin duda suponen un ahorro, Henry, resulta que a menudo te quejas de mis gastos en el gobierno de la casa.

–Bueno, pues que las coman los niños, y a mí dame algo fresco, unas mollejas o un curry, qué me da, mientras no sean esos platos recalentados que se me indigestan y me sientan mal.

–¡A mí me ocurre lo mismo! –exclamó Maddy, apartando el plato que tenía delante–. Si tú no puedes comerlos, tampoco puedo yo. Debo de haber heredado tu fastidioso hígado, así que puedo empezar a desembolsar inmediatamente más dinero a mamaíta para los gastos de la casa.

–¿Te propones ser impertinente conmigo? –dijo el profesor con aire grandilocuente.

–¡Oh, no, Dios me libre! –exclamó su hija–. Es sólo un ejemplo de cómo se manifiesta la herencia.

–¿Qué has dispuesto para cenar esta noche? –dijo el profesor volviéndose a su mujer y fingiendo no oír la respuesta de Maddy.

–Rodaballo, cordero asado y macarrones –contestó ella.

—No esperarás que se les sirva semejante cena a amigos de la talla de Bunster y Robson. Vamos a tratar una importante cuestión científica, debemos agasajarlos bien.

—¿Qué otras cosas quieres que mande preparar?

—Sopa, para empezar, y que al cordero le sigan carne de caza, dulces y postre. Y sube una o dos botellas de champán de la bodega... Del cajón de la derecha, el número 18. Y no quiero que esta noche los niños cenén con nosotros. Que les preparen la cena ahora.

—Pero, Henry, podrías habérmelo dicho antes... —protestó ella—. Gilbert no ha almorzado, y Maddy apenas ha probado bocado.

—Pues por eso mismo, que se siente y que le preparen la cena ahora —dijo el profesor—. Y en cuanto ese joven salvaje que está arriba, que no coma hasta que aprenda a tratarme con el debido respeto. Voy a mandarlo en el próximo barco carbonero del que tenga noticia, como no se ande con cuidado.

—¿Y por qué no puedo cenar en el comedor esta noche? —preguntó Madeline.

—Porque así lo he decidido —fue la única respuesta de su padre, que en ese momento salió de la sala.

Al cerrarse la puerta, Maddy hizo una reverencia de fingido respeto hacia él, a la vez que se pinzaba la nariz con los dedos y decía:

—¡Ay, padre querido! ¡Qué amable, cariñoso y considerado eres! Habría que erigirte un monumento. Caramba, si no tienes mayor aprecio por tus hijos del que tiene una gata por sus crías... Uf, si pensara que alguna vez voy a portarme así con mis hijos, me colgaría antes que tenerlos.

Chasqueó los dedos un par de veces mirando hacia la puerta cerrada. Luego, volviéndose para ver cómo encajaba su madrastra aquel rebelde comportamiento, advirtió que había hundido la cara entre los brazos y lloraba en silencio.

—¡Oh, mamaíta, mamaíta! —exclamó Maddy, acudiendo a toda prisa a su lado—. ¡Soy una bruta por haberte hecho llorar! Pero, mamaíta querida, no puedo sentir amor por él, no hay manera, ¡no puedo, no puedo!

—¡Qué penoso panorama! —suspiró la señora Aldwyn—. Y me da tanta lástima el pobre Gilbert. ¿Qué podemos hacer con el chico? ¿Adónde va a ir a parar todo esto?

—Escapémonos, mamaíta, los tres juntos —propuso Maddy—. Por lo pronto yo me iré contigo, verás que seremos más felices trabajando para ganarnos el pan que si seguimos aquí aguantando su mal genio día tras día. Piénsalo, mamaíta.

—No, cielo mío, no podemos siquiera considerar semejante idea. Es horrible. Nosotros no nos hemos puesto en esta situación por voluntad propia, cuando menos Gilbert y tú; por lo tanto debéis cumplir con vuestras obligaciones hasta que Dios tenga a bien mostraros una salida. No falta mucho, Maddy, bien lo sabes. El día menos pensado te casarás y Gilbert saldrá a conocer mundo, y entonces ambos seréis libres para hacer vuestra propia vida.

—¡Y dejarte aquí, pobre de ti, para que lo soportes sola! —exclamó la muchacha, de corazón bondadoso—. Eso sí que sería una pena. Caramba, ¡si bastaría para acabar con cualquiera!

Por toda respuesta, Ethel apoyó la cara en la mesa y rompió en sollozos.

—Fue culpa mía, sólo mía —murmuró—, y tengo que sacar fuerzas de flaqueza. Ay, Maddy, cuida

mucho cómo te casas. Atesora el amor de un hombre bueno cuando te lo ofrezca, atesóralo como bien máspreciado de tu vida.

Lloraron juntas en silencio, abrazadas, hasta que un espantoso tumulto en el vestíbulo las hizo ponerse en pie de un salto.

—¿Cómo te atreves? —oyeron que exclamaba Gilbert—. ¿Qué he hecho para que me pegues? ¡Eso no lo he consentido a ningún hombre aún, y no pienso consentírtelo a ti!

Ethel y Maddy corrieron a la puerta, y al abrirla vieron a Gilbert, con los ojos brillantes de rabia sin chaqueta, como si se propusiera abalanzarse sobre el profesor para darle una buena paliza.

—¡Gilbert, Gilbert! ¿Qué haces? —gritó Ethel, corriendo hacia él—. Piensa dónde estás y a quién hablas.

—¡Déjame! —repuso el muchacho, sacudiéndose el brazo de la mujer, que trataba de contenerlo—. No quiero que te metas. Mi padre me ha tratado como a una bestia de carga y va a tener que responder por ello. Me ha encontrado en la cocina almorzando algo y me ha acusado de robar y derrochar el patrimonio, y cuando le he contestado me ha golpeado con ese bastón. ¡No voy a consentirlo, en ninguna manera!

—¡Oh, Henry, no es posible! —exclamó Ethel, consternada.

—Desde luego que lo es. Si se le sirve el almuerzo en el comedor y se niega a comer, pero va luego a hurtar de la despensa lo que se reserva para otra comida, está derrochando mi patrimonio y le castigo como creo que merece —replicó el profesor, blandiendo aún el bastón en una mano.

—¡No, no lo harás! —gritó el muchacho, desafiante—. Ha sido la última vez que me pegas. Si intentas volver a tocarme, te daré tu merecido, por muy padre mío que seas.

—¿Tan seguro estás de que soy tu padre? —inquirió el profesor con sorna—. Yo mismo no pondría la mano en el fuego, bien podrías ser el hijo del vecino. Nunca has dado muestras de llevar mi sangre en las venas.

Dio la impresión de que el insulto a la madre difunta hacía hervir la sangre en el cuerpo del muchacho, hinchando su figura al doble de su tamaño. Se acercó a su padre y le masculló al oído:

—Cobarde. Eres un cobarde y un mentiroso, ¡tratar de vilipendiar así el nombre de mi madre! ¡Tómalo —y le encajó un puñetazo en la boca.

Ethel y Maddy chillaron, convencidas de que la riña entre padre e hijo terminaría con derramamiento de sangre. El profesor, sin embargo, en lugar de levantar de nuevo su bastón, palideció y se echó a temblar.

—¡Infeliz! ¡Cobarde! —repitió Gilbert—. Iré mendigando el pan de puerta en puerta antes que comer otro mendrugo a costa del difamador de mi difunta madre. ¿Recuerdas lo que dicen las Escrituras, «en el infierno alzó los ojos...»?¹ Eso mismo te ocurrirá a ti, tenlo por seguro. Y recordarás entonces que tu hijo renegó de ti por amor a su madre. Me voy ahora mismo. No volverás a verme, y espero no volver tampoco a verte nunca más, ni en este mundo ni en el otro.

Hizo ademán de abandonar la casa sin más dilación, pero su hermana se lo impidió.

—¡Gillie! —gritó—. No pensarás irte sin decirme adiós siquiera...

–No, Maddy, y tampoco a mamáíta –dijo el muchacho, volviéndose para abrazarlas–. Nunca olvidas vuestro amor por mí... ¡jamás!

–Pero tendrás que volver, querido mío, ¡no puedes marcharte así! –dijo Ethel.

–No volveré en vida de este hombre –contestó el muchacho con determinación.

–Si no tienes dinero, ni ropa...

–Os escribiré y podrás mandarme mis cosas –dijo.

–Eso sí que no –dijo el profesor apartando a su esposa–. Si te marchas de esta casa, señor mío, marcharás para siempre y no volverás a contar con mi ayuda mientras vivas.

–¡Muy bien, no la quiero! –exclamó Gilbert, y salió de la casa dando un portazo.

–¡No puede ser, no permitas que se marche así! –dijo Ethel con indignación.

–Él se lo ha buscado –repuso el profesor–. Ha decidido rebelarse en contra de mi autoridad y no voy a permitir que entre por esta puerta nunca más.

Y diciendo esto se encaminó a la biblioteca, dejando a las dos mujeres mirándose perplejas preguntándose qué sería de todos ellos.

II. Una agradable velada



Después de esta escena, poco podía esperarse que la velada culminara con bien para Ethel Aldwyn. A pesar de todo, estaba preciosa con el sobrio vestido negro que eligió para la cena y que descendía en escote para lucir la blancura de su cuello esbelto, enclavado en volantes de fino encaje. Se arregló el pelo con esmero y trató de borrar del semblante las huellas de la emoción, pero tenía los párpados enrojecidos por el llanto y le temblaban los labios al hablar. Maddy se había ido a la cama, negándose en rotundo a probar bocado. Estaba muy unida a su hermano Gilbert y aseguró con vehemencia que, si no volvía a casa, iría tras él. Su madrastra había hablado con ella, rogándole que no obra impetuosamente o con precipitación. En el fondo de su corazón anidaba un temor secreto por Madeline, que nunca había mencionado siquiera a la propia muchacha.

El año anterior, la joven había trabado relación con la familia de una de sus compañeras de colegio, y, pese a no ser de su misma posición social, Ethel no había querido poner trabas a aquella intimidad porque los Reynolds se habían portado muy bien con Maddy, que contaba con pocas amigas de su edad, ya que su padre nunca le permitía invitar a otras muchachas a que la visitaran en casa. Así pues, la joven madrastra se alegró en un primer momento de ver el interés de Maddy por ir a casa de los Reynolds, hasta que por casualidad descubrió que andaba medio enamorada del hijo mayor. Wilfred Reynolds era un joven apuesto y muy espabilado pero sumamente ordinario, y Ethel tenía la certeza que el profesor —que, a pesar de su mal talante, era sin duda un caballero de nacimiento— nunca consentiría un compromiso o un matrimonio entre su hija y el hijo de los Reynolds. Desde entonces había procurado que la relación languideciera por todos los medios a su alcance, pero no lo había conseguido enteramente, y cada vez que Maddy hablaba de abandonar el hogar o de cobrar su venganza, temía que acariciara la idea de fugarse con el joven señor Reynolds. Por esa razón no daba buena espina el encono con que Maddy se había tomado el episodio de aquella tarde: era una muchacha muy temperamental, capaz de optar por medidas drásticas con tal de salirse con la suya. Ethel temía el efecto que la riña entre Gilbert y su padre pudiera ejercer en su carácter, que no era muy distinto al del profesor en obstinación y mal genio. Afligida por sus dos hijastros, y a pesar de que no le apetecía ni pizca, bajó al salón a recibir a sus invitados.

El señor Bunster y el señor Robson pecaban de excesiva debilidad por una buena cena y eran incapaces de declinar una invitación; al entrar en el salón los halló frente a la chimenea, vestidos con frac y chaleco blanco. Los acompañaba el profesor, charlando en común cordialidad de los asuntos del día, como si en la casa no se hubiese producido ningún altercado y su único hijo siguiese al amparo del techo paterno. Sus claros ojos azules no delataban el menor resquicio de emoción, ni su actitud inquietud alguna. Estaba enfrascado discutiendo un libro nuevo y ni siquiera levantó la vista cuando el joven esposa se acercó. Únicamente le dirigió una mirada de advertencia cuando el señor Bunster solícito, le preguntó a su anfitriona si había pillado un resfriado con aquel tiempo tan tormentoso, pues le veía los ojos un poco hinchados; pero después bajó de nuevo la vista y volvió a sus diatribas.

Anunciaron que la cena estaba servida, y el grupo se disponía a pasar al comedor cuando se oyó un golpe de una pequeña algarabía en el vestíbulo. Ethel dio un respingo: ¿era posible que Gilbert hubiera regresado tras darse cuenta de cuán inútil era oponerse a la autoridad de la casa cuando no se disponía de otros recursos? Sin embargo, su oído captó el tono de una voz familiar, y al instante se puso colorada como la grana.

—¿Quién puede pedir entrada a esta hora? —inquirió el profesor Aldwyn—. ¡James, di que estamos ocupados y que no podemos recibir a nadie!

—¡Ah, no! ¡Ni hablar —exclamó una voz jovial al otro lado de la puerta abierta—, porque he venido expresamente a cenar con mi prima Ethel! —Y en ese mismo instante el capitán Edward Standish, del buque *Davenport*, entró en el salón y tomó a la señora Aldwyn de la mano—. Mi querida Ethel, ¿acaso llego tarde? —preguntó extrañado—. Creía que cenabais a las siete y media. Por supuesto me esperaba, ¿verdad? Caramba, qué rara te veo, no estarás enferma, ¿eh? Pero bueno, ¿es que no te alegras de verme?

—Sí, Ned, me alegro mucho —balbució Ethel—, sólo que... sólo que... pensaba...

—¿Qué pensabas, querida?

—Contestaré yo a esa pregunta, señor mío —intervino el profesor—. Su prima pensaba, después de leer el telegrama que le mandó esta mañana, que no gozaríamos del placer de su compañía hasta que volvieramos a tener noticias nuestras.

—¿Me has mandado un telegrama, Ethel? —exclamó el capitán Standish con sorpresa—. No he vuelto al hotel desde que salí a primera hora, hice que mandaran mis cosas al club, así que no he recibido ningún mensaje. Pero ¡qué demonios! —añadió con su tono desenfadado—, habría venido lo mismo, con o sin telegrama o sin él, porque tengo que regresar a Plymouth pasado mañana y quería verte antes de volver a embarcarme. ¿Y usted cómo está, profesor? Veo que de perlas. No engorda usted, ¿eh? Debería acompañarme en uno de mis viajes, volvería convertido en otro hombre. Caramba, ¿la cena está servida? Vamos, Ethel, permíteme que te lleve del brazo. Ah, sí, imagino que soy el individuo menos digno de este honor entre los presentes, pero por ser pariente de sangre tengo preferencia, así que no hay excusa. Espera a que acabemos de cenar —continuó mientras se dirigían al comedor—. Verás lo que es bueno. Traigo de Japón cosas preciosas para ti y para Maddy. Por cierto, ¿dónde anda la chica? No estará ausente, espero.

—No, no —contestó la señora Aldwyn, titubeante—, pero esta noche no podrás verla, Ned. Tiene una jaqueca y se ha ido a la cama.

—¡Pobrecita! Bueno, por suerte a ti sí te he encontrado. Mira que mandarme un telegrama para darnos largas, pilluela...

—Pensé... pensamos... Es decir, el profesor pensó —contestó la joven con renuencia— que, puesto que esta noche venían amigos científicos, era preferible que nos visitases en otro momento; pero después de eso, luego no pasa nada, Ned, sabes muy bien cuánto me alegra verte.

—¡Claro que lo sé! ¿Acaso no nos criamos juntos tú y yo, y nos conocemos desde que nacimos? ¿Imaginas que permitiría que algo se interpusiera entre nosotros? Vamos, permíteme trinchar

cordero. Se me da de maravilla... qué remedio, ¡me corresponde hacerlo siempre en el salón del barco!

—Traiga aquí ese cordero —ordenó el profesor al lacayo con tono severo—. Si la señora Aldwyn es incapaz de una tarea tan insignificante, soy yo quien debe acometerla en su lugar.

—¡Oh, por supuesto que sí!—dijo el capitán Standish, mirándolo sorprendido—. Y que lo disfrute usted. Únicamente deseaba ser de ayuda.

Tras este pequeño incidente dio la impresión de que el profesor ponía todo su empeño en mostrarse ofensivo con el recién llegado. Guardó un silencio sepulcral cuando el capitán relató alguna de sus anécdotas marineras o contó un chascarrillo inocente, por lo que a todos los presentes les quedó claro que su presencia no era del agrado del anfitrión. Cuando por fin terminaron los postres, el profesor Aldwyn se puso en pie y, tras decirle a su mujer que el café para él y sus amigos se sirviera en la biblioteca, comentó:

—Bunster, Robson, vayamos donde podamos tener un poco de paz. Se hace imposible tratar ningún asunto cabalmente con semejante barullo.

Y, sin dirigir una palabra de disculpa a Ethel o al capitán Standish, salió del comedor con aire ofendido, seguido por sus amigos.

Ned Standish se quedó mirando a Ethel con una cómica expresión de pasmo.

—¿Qué ocurre? ¿Qué ha pasado? ¿He hecho o he dicho algo inconveniente?

—¡Oh, no, no! —respondió su prima, al borde de las lágrimas—. No tiene nada que ver contigo, Ned. El profesor tiene un carácter peculiar y sólo es buena compañía para sí mismo y sus amigos de tertulia. Además hoy han pasado muchas cosas que lo han irritado: ha reñido violentamente con su hijo y eso nos ha entristecido a todos. Gilbert se ha marchado de casa diciendo que no volvería a poner los pies aquí, y no sabemos adónde ha ido ni qué va a hacer, así que estamos con el corazón en un puño. No pienses más en la actitud del profesor, te lo ruego, la cortesía nunca ha sido su fuerte.

Ned Standish examinó su rostro de cerca y pareció que quería decir algo para compadecerla, pero que finalmente no hallaba el valor necesario. En lugar de eso, se levantó de la mesa de un salto y dijo con brío:

—Bueno, no nos preocupemos por él, pues ahora está la mar de contento con sus amiguitos. Alegrémonos también nosotros. Vamos al salón y te demostraré que en mis andanzas no he olvidado a mi antigua compañera de juegos.

Al pasar por el vestíbulo llevó consigo al salón un gran fardo, que empezó a desenvolverse inmediatamente. Ethel rompió en gritos de alegría a medida que lo que contenía iba apareciendo ante sus ojos.

—¡Ay, cómo me gustaría que Maddy estuviera aquí! —exclamó con el deleite de una niña, mientras el capitán Standish seguía mostrando un rollo tras otro de suave y blanca gasa japonesa y sedas en tonos pastel, bandejas y cajas de plata adornadas con labrados pintorescos, abanicos lacados y toda clase de chucherías curiosas en forma de enormes escarabajos, arañas y mariposas, y por último un cofre de marquetería tachonado con primorosas incrustaciones, un objeto de gran valor pensado especialmente

para ella—. ¡Oh, Ned, Ned! ¿De verdad has traído todas estas cosas para nosotras? Qué consideraciones... Creía que me habrías olvidado hace mucho.

—¿Olvidarte, Ethel? —respondió él, con la voz preñada de una extraña dulzura—. ¡Jamás! Mientras viva jamás podría olvidarte, ni olvidar los días felices que pasamos en Beer.

—Ay, no me hables de Beer, por favor —se lamentó ella—. Ned, no he vuelto a casa desde que me casé. El profesor dice que es un capricho pueril por mi parte, pero sueño con ello tan a menudo, y deseo tanto volver a los entrañables lugares de siempre, en el apacible condado de Devon, donde la madreselva y las rosas florecen a lo largo del invierno...

—Pero ¿por qué no te deja ir, si puede saberse? Tendrías que hacer valer tu dignidad, Ethel, e insistir. Seguro que tu padre y tu madre tienen ganas de volver a verte.

—Oh, sí, claro que sí. Vinieron a Londres el año pasado a visitarme, pero a mi marido no le agradaban las visitas, Ned, lo importunan en sus estudios, así que no creo que madre y padre se sintieran muy a gusto. El profesor es mucho más inteligente que cualquiera de nosotros, temo que no somos buena compañía para él.

—Y aun así te casaste con él, Ethel —dijo el capitán Standish, intrigado.

—¡Ay, Ned, no me lo recuerdes! Mejor ni mencionarlo. Déjame contemplar en cambio estos hermosos regalos y ser feliz al pensar con qué cariño me ha recordado mi primo en su ausencia.

—Y recuerda también que su amistad es para siempre, Ethel. Aunque me temo, mi pobre niña, que no eres feliz ni puedes serlo.

—¡Calla, Ned, por lo que más quieras! Nadie es totalmente feliz en este mundo, lo sabes bien, y de por cierto que mi suerte es tan buena como la de la mayoría. Guardaré todos mis tesoros en este precioso cofre. Qué exquisitas incrustaciones de pajarillos, y estas flores rosadas... ¿qué son?

—Son flores de almendro, un árbol común en Japón. La campiña se viste de este color cuando está en flor. —Consultó el reloj y dijo—: Bueno, Ethel, son más de las diez, creo que va siendo hora de que me ponga en marcha. He de poner a punto aún tantas cosas antes de volver con la tripulación que prefiero que no se me haga más tarde para acostarme. No quiero importunar al profesor de nuevo, y que no le causaré un gran disgusto, porque ha dejado pasar la oportunidad de despedirse de mí. Adiós, que adiós, primita querida. Arriba ese ánimo. Y si alguna vez te vieses en cualquier apuro y precisaras mi ayuda, mis agentes Hardwood y Crowe siempre me pueden mandar una carta dondequiera que estés. Hasta la vista, ¡Dios te bendiga! —dijo estrechando la mano de su prima con emoción.

Apenas se marchó, la pobre muchacha se sentó junto a los regalos y lloró como si fuera a partirse el corazón. El capitán había avivado los recuerdos del hogar de su infancia y de las queridas personas que había dejado allí. Tres o cuatro años antes había estado comprometida con su primo Ned, pero pensaban casarse, pero discutieron tontamente por otra muchacha, y él se hizo de nuevo a la mar sin que hubiera ocasión de reconciliarse. Llevados por las circunstancias, se distanciaron, y al cabo Ethel se consideró libre del compromiso. En aquella época, el profesor Aldwyn viajó a la costa de Beer con sus hijos para cambiar de aires, y Ethel se casó con él, a fin de cuentas por la misma razón por la que se casan la mayoría de las mujeres: porque la pidió en matrimonio y no había ningún otro candidato.

que le hiciera sombra. Sus padres pensaron que sería un excelente partido para ella, y el profesor lució su mejor cara. Ethel, por su parte, congenió de maravilla con los hijos del viudo y creyó que podría ser feliz viviendo en su compañía. Así cometió la primera equivocación, tal y como se cometieron tantas otras. La joven estuvo a solas en el salón dos o tres horas, examinando y admirando los regalos que le había traído su primo, respirando el exótico y dulce perfume que los envolvía, acariciando la suavidad de las sedas y las gasas e imaginando los vestidos y trajes de noche que Maddy y ella se encargarían con las suntuosas telas.

Finalmente oyó que la puerta de la biblioteca se abría y volvía a cerrarse, y a continuación pasos en el vestíbulo. Los señores Bunster y Robson habían concluido su charla y se disponían a marcharse. Tras unas últimas palabras de despedida, la puerta de entrada se cerró y el profesor entró en el salón donde ocupó su puesto en la alfombra frente a la chimenea. Con íntima desazón, Ethel advirtió que seguía disgustado con ella y se preparó para oír una perorata.

—¿De dónde has sacado estas porquerías? —dijo el profesor, examinando los trajes y ornamentos que atestaban la mesa.

—Son regalos que me ha traído mi primo —dijo Ethel con un hilo de voz.

—No quiero verlos en el salón. Sácalos de aquí —ordenó el profesor.

—¿Qué mal hacen? —protestó la joven—. Los llevaré arriba en seguida.

—Sácalos al pasillo ahora mismo, he dicho. Si no lo haces, yo mismo los sacaré. —Y, del dicho al hecho, propinó un tremendo puntapié al cofre de marquetería con incrustaciones, que se quebró por uno de los costados.

—¡Henry, mi cofre, lo has destrozado! —se lamentó Ethel—. Qué cruel eres conmigo, ¿qué razón tenía para hacer eso? Y con todo el dinero que habrá costado... Ned lo ha traído desde Japón expresamente para mí.

—¡Ned, Ned, Ned! —repitió el profesor aflautando la voz para imitar la de su esposa—. Y vamos a ver ¿por qué no obedeciste mis órdenes, si puede saberse? Te dije que le mandarás un telegrama al tal Ned y le dijeras que esta noche no viniese.

—Y así lo hice. Lo mandé sin pérdida de tiempo.

—No me lo creo, estás mintiendo. Ya has oído lo que ha dicho él, que no lo recibió.

—Jamás te he mentado Henry, y es totalmente injusto que digas eso. Tenía muchas ganas de ver a mi primo, pero mandé el telegrama a pesar de todo. Y que viniese me ha sorprendido tanto como a ti.

—No te creo, señora mía. Me he fijado en el esmero con que te has arreglado esta noche. Un vestido nuevo, con rosas en el pecho... ¡Rosas, nada menos, en pleno mes de marzo!

—No es un vestido nuevo —replicó Ethel, indignada—. De hecho es uno bastante viejo que he remozado con unos arreglos de encaje. Y las rosas me las trajo ayer mismo la señora Vernon, de su invernadero.

—Hablar cuesta poco —se mofó el profesor—. El hecho es que me has engañado con lo del telegrama, estabas decidida a que ese hombre te visitara a toda costa, con mi consentimiento o sin él. Pero ha sido la última vez. No vas a recibir más a ninguno de tus amantes en mi casa.

–¡Mis amantes! –exclamó Ethel, sonrojándose de vergüenza–. ¡Cómo te atreves a decir eso!

–¿Acaso el capitán Edward Standish no fue tu amante, antes de que me hicieras el honor de casar conmigo?

–No, nuestro compromiso se había roto años antes. En realidad ni siquiera puede hablarse de compromiso, puesto que yo era una chiquilla. Fue sólo un amor de juventud entre primos, bien sabes.

–Lo que sé es que no volverás a ver a ese hombre con mi permiso, y si vuelve a irrumpir en la casa como esta noche, diré a mis criados que lo echen a patadas.

–Sería un acto muy propio de ti –contestó ella–, pero puedes estar seguro que ni él ni ninguno de mis parientes entrará en tu casa para que lo insulten. Valen demasiado para merecer semejante trato.

–Ah, conque ésa es tu opinión, ¿eh? Muy bien, entonces permíteme que las ofrendas de amor del capitán Standish sigan su ejemplo y salgan de aquí de una vez por todas.

Y, tras abrir una de las ventanas de guillotina, el profesor empezó a lanzar los rollos de seda y muselina a la calle londinense. Ethel lo observó sin rechistar. Sabía que habría sido en vano y que sus súplicas para conservar aquellos obsequios sólo habrían servido para recibir insultos aún mayores. Sin embargo, cuando el último de los tesoros halló su triste suerte y oyó el cofre japonés estrellarse en la acera de la calle, se irguió majestuosa y habló sentenciosamente.

–Eres un hombre despiadado y cruel. Gilbert estaba en lo cierto al decir, hoy mismo, que Dios te hará pagar por ello. ¿Has pensado alguna vez en alguien más que en ti mismo, has vivido por alguien que no fueras tú, en toda tu vida? Qué afortunada fue tu mujer al irse tan pronto, ojalá pudiese y seguiría... Sin embargo, Henry, llegará el día en que mires a tu alrededor en busca de afecto y no halles ni el menor rastro. ¡Vas a ver! En vida jamás has intentado ganarte el amor de nadie, y cuando mueras no se derramará ni una sola lágrima sincera sobre tu tumba.

Fue lo peor que le había dicho nunca, y sin embargo las palabras no hicieron mella en él. Era de esos hombres que no sienten nada en su paso por la faz de la tierra. El profesor Aldwyn era de naturaleza egoísta, velaba únicamente por sí mismo y sus propios placeres. A tal punto lo dominaba su carácter que ni siquiera se daba cuenta de sus defectos: prefería creer que el mundo entero –especialmente la parcela que a él le atañía en particular– se confabulaba para oponerse a sus deseos y, por consiguiente, estaba resuelto a que cuando menos su esposa y sus hijos los acatasen. Se volvió con gesto adusto hacia la pobre Ethel, que tenía los ojos llorosos y las mejillas encendidas, y tronó:

–¡Sal de esta habitación y no vuelvas ante mi presencia hasta que hayas aprendido a portarte como se debe!

–No sabes cuánto deseo hacer eso, Henry, pero primero debo decirte lo que pienso. Has echado a perder a mi único hijo de esta casa, y cualquier cosa que le ocurra pesará sobre tu conciencia. Si Gilbert toma el mal camino o sucumbe a una muerte horrible, recaerá en ti igual que si le hubieras dado muerte con tus propias manos o lo hubieras descarriado a propósito. Es tu hijo y tendrás que responder por él ante Dios. Y si se desvía de la buena senda, como sin duda el pobre muchacho hará, arrojado al mundo a tan tierna edad, pagarás tú la pena de sus desmanes. Te ruego que lo pienses antes de que sea

demasiado tarde y el pobre Gilbert vaya demasiado lejos para que pueda escuchar tu llamada. Y no se trata sólo de Gilbert; Maddy también está dispuesta a huir de casa. Sabes cuánto adora a su hermano así que puedes imaginar cómo ha calado en su alma la dureza con que lo has tratado. Yo no puedo hacerme responsable de ella, si tú sigues siendo distante y no cumples con tu obligación de padre.

—¿Alguna cosa más? —preguntó el implacable profesor.

—Únicamente que creas lo que te digo —contestó Ethel—. Que soy completamente inocente de causar disgusto de manera intencionada; que mandé ese telegrama y que no tenía ni idea de que mi primo vendría a casa esta noche.

—Repito que eso es mentira y que no te creería aunque lo juraras hasta la saciedad. Y, si mi hija se aparta del buen camino, como al parecer sugieres que está haciendo, será gracias al ejemplo que das. Una mujer que desea relacionarse aún con un antiguo amante después de casarse, es sin duda de naturaleza vil y no puede hacerse cargo de una muchacha inocente.

—No querré tenerla a mi cargo y no cumpliré con ese cometido si sigues insultándome de este modo —exclamó Ethel con vehemencia—. Déjame volver con los míos. Más vale un mendrugo de pan con ellos que seguir con esta vida de sospechas y desconfianza.

—Los tuyos, ¡ja! —se burló el profesor—. ¿Por qué no hablar a las claras de tu primo de una vez? Si por él por quien suspiras, ¿acaso crees que no me doy cuenta? Seguro que te gustaría ir corriendo tras él y decirle lo mal que te han tratado aquí para que te consuele.

—No voy a responder a ningún otro de tus atropellos —contestó su esposa, disponiéndose a marcharse de la habitación—. Qué estúpida fui al imaginar que un hombre que se negó a acompañar a su padre en el lecho de muerte tendría la bondad de corazón necesaria para ser un buen padre con sus propios hijos, o un marido generoso con la pobre desgraciada que fuese tan ilusa como para casarse con él.

Y con esto la señora Aldwyn subió a su cuarto, dejando al profesor plantado como un pasmarote. Había metido el dedo en la llaga, pues si en la egoísta vida del profesor había un incidente que lamentaba era no haber estado presente en el lecho de muerte de su anciano padre, que tan bueno y generoso había sido siempre con él, y acaso la única persona por la que había sentido el mayor afecto que su frío carácter era capaz de concebir. Sin embargo, cuando cayó enfermo y lo mandó llamar, se hallaba enfrascado en ciertos experimentos sumamente complejos e interesantes, y postergó el viaje hasta que fue demasiado tarde, y el bondadoso anciano murió diciendo hasta el último momento «Henry tendría que haber venido». Nada disgustaba más al profesor Aldwyn que le recordaran ese episodio. Cuando se fue su esposa, regresó a la biblioteca y volvió a sentarse en el sillón. El fuego seguía encendido en el hogar y la sala estaba caldeada, por lo que decidió quedarse allí un rato para serenarse. No estaba dispuesto a ver aún a Ethel, y se dio cuenta de que los acontecimientos del día habían alterado un poco, pues, aunque se sentía más alicaído y somnoliento que de costumbre, no tenía ganas de descansar. Su corazón siempre había padecido de circulación lenta, y alguna que otra vez habían desaconsejado la excitación o las prisas. Sabía qué le convenía en esas ocasiones: un buen vaso de whiskey o brandy. La licorera estaba encima de la mesa que tenía al lado, de manera que llenó un vaso hasta el borde y bebió hasta apurarlo. Suspicious y reservado por naturaleza, atribuía a los dem

sus propios defectos, de ahí que en verdad creyera que Ethel lo había engañado en relación con el capitán Standish. No era una idea calculada para hacerle ningún bien a su corazón, pero la alusión a su padre ejerció en él un efecto mucho peor aún. Con las lámparas ya apagadas, el profesor siguió sentado al resplandor del fuego, a solas; y, a medida que las llamas se extinguían, cayó en una insensatez de imaginar que veía la silueta de su padre, al otro lado de la mesa. Se frotó los ojos y fijó la mirada, pero el espectro seguía en el mismo lugar, observándolo a conciencia, al parecer, y con una mayor solemnidad. A fin de desterrar tan absurda fantasía, cerró los ojos para fingirse dormido. Sintió que un extraño vahído le recorría el cuerpo, una sensación en absoluto dolorosa pero ciertamente inusitada, como si se hundiera en los cojines del sillón hasta el mismo suelo. Convencido de que el sueño se apoderaba efectivamente de su ser, se rindió al sopor. Siguió con los ojos cerrados; la cabeza se hundió más y más en el cabezal de felpa escarlata, hasta que perdió completamente la conciencia. En efecto, se quedó dormido.

III. El profesor empieza a vivir



El profesor no habría podido precisar cuánto tiempo permaneció ajeno al mundo exterior, pero al despertar se encontró de pie junto al respaldo del sillón en el que se había quedado dormido, y al que ahora se agarraba con ambas manos. Sentía un aturdimiento y una debilidad extraños, como si saliera de una larga enfermedad, y pasó un buen rato antes de que fuera capaz de poner en orden sus pensamientos y comprender dónde se encontraba. Sin embargo, cuando poco a poco volvió en sí y se levantó, la vacilante figura recuperó el equilibrio, se dio cuenta de que estaba sujeto al respaldo de su sillón con las manos y las orejas. «Qué extraño –pensó–. ¿Cómo habré llegado aquí? Desde luego me quedé dormido en este sillón, así que debo de haber caminado sonámbulo...» Mientras hablaba para sí, sus manos recorrieron el mullido terciopelo, hasta que se posaron en la cabeza de un hombre; a lo que parecía, había alguien en el asiento que él mismo había desocupado. El profesor se sobresaltó. ¿Quién podía ser, quién tenía el descaro de entrar en su despacho privado y usurparle el sillón? ¿Se trataba de un robo, habría habido derramamiento de sangre o violencia de alguna clase? Era un hombre irascible, y no se le escapaba que en el mundo tenía más enemigos que amigos.

La biblioteca estaba sumida en una profunda oscuridad. El fuego se había apagado del todo y se respiraba un aire gélido. Y, sin embargo, no se extrañó de ver los objetos de la estancia con absoluta nitidez. Se había estremecido al tocar la cabeza de un desconocido, pero la aprensión no frenó su necesidad imperiosa de saber quién era y, llegado el caso, defenderse. Empuñó una regla de madera que había encima de su escritorio y sigilosamente rodeó el sillón. ¡Qué extraña sensación le recorrió los miembros al dar aquellos pasos vacilantes! Por un instante se le ocurrió que tal vez se había excedido un poco bebiendo con sus amigos la noche anterior. Por norma era un hombre de lo más sobrio, pero en esta ocasión estaba indignado y quizá había tomado más champán de lo que convenía. Y recordó que luego se había echado un vaso de brandy al colete. Sin duda el alcohol le había afectado, era la única explicación que se le ocurría para las extrañísimas sensaciones que le embargaban. Mientras así cavilaba, bordeó lentamente el escritorio, empuñando la regla de madera resuelto a ver quién era el intruso que osaba violar su intimidad de aquel modo. Cuando estuvo delante del sillón, plantado en la alfombra frente a la chimenea, y vio de cuerpo entero al hombre que dormía en su butaca predilecta, lo contempló horrorizado: ¡era él mismo!

–¡Dios mío! –exclamó, cuando la verdad cayó sobre él como un jarro de agua fría. No cabía ninguna duda: allí estaba, apoltronado en el sillón, con el mismo traje de la víspera, junto a la mesa donde había dejado el vaso vacío en el que había tomado el brandy, cruzado de brazos y con los ojos cerrados. Parecía sereno y en paz, como si no sufriera; aun así, no había lugar a error: era el profesor Aldwyn o, más bien, lo que había sido. Alargó tímidamente un dedo y tocó la frente del cadáver

Estaba fría como el hielo. No cabía ninguna duda: el espíritu había abandonado el cuerpo.

–Pero ¡Dios mío! –exclamó de nuevo el profesor–. Entonces, ¿quién soy yo? –Y en ese momento poderosa verdad iluminó su pensamiento–. ¿Es posible? ¿Será de veras lo que ha ocurrido? ¿Me he desprendido de mi cuerpo? ¿El vínculo que me unía a la tierra se ha roto para siempre?

Al levantar la mirada, sumido en estas cavilaciones, vio de nuevo, al otro lado de la mesa, la figura erguida de su anciano padre, que con gesto grave asintía a sus dudas.

–¡Padre! –exclamó el profesor, aliviado al reconocer a alguien que pudiese dilucidar el misterio. Dígame, ¿estoy en lo cierto, es esto la Muerte?

Su padre asintió, una vez más.

–Acérquese –gritó el profesor–, deme la mano. Permítame sentir, en esta crisis de la naturaleza, que cuento con alguien que me preste apoyo y fuerzas.

Sin embargo, el espíritu de su padre se desvaneció sin una respuesta. De repente asaltó la memoria del profesor la historia de su propia omisión, cuando el anciano quiso ver a su hijo en su lecho de muerte y éste no acudió; y creyó oír que le murmuraban al oído: «Te pagarán con la misma moneda».

Un terror escalofriante se apoderó de él ante la situación en que se hallaba, como si el cuerpo que yacía en el sillón no fuera el suyo, sino que perteneciera a otra persona. Trató de alejarse e ir al otro extremo de la biblioteca, donde había un diván grande y mullido, pero se descubrió incapaz de hacerlo. Cierta atracción invisible aunque poderosa lo encadenaba a las proximidades del cadáver obligándolo a quedarse donde estaba, sin dejar de contemplarlo. «Pero ¿cómo es posible? –pensó. Siempre he oído, y así me lo enseñaron, que las personas, apenas mueren, parten al cielo o al infierno. Si estoy muerto, aunque desde luego muerto no me siento, ¿por qué sigo aquí? ¿Por qué no me he llevado al otro mundo? ¿Por qué no me han salido alas, o... o lo otro? No lo entiendo, debo de estar soñando. Sufro una pesadilla, en seguida me despertaré y me reiré de mi aflicción imaginaria. Imposible que todo sea cierto y siga en la biblioteca de mi propia casa. Sería completamente absurdo.»

Y allí se quedó, mirando al durmiente inmóvil del sillón un buen rato, deseando que el sueño tocara a su fin para poder despertar de nuevo. «Fui un estúpido al quedarme dormido en una butaca –caviló. Eso tiene siempre algún efecto desagradable. Tendría que haberme ido directamente a la cama.»

En ese momento interrumpió sus meditaciones la llegada de la doncella, que entró ruidosamente y se dirigió a los ventanales, donde descorrió las cortinas y dejó que la luz matutina de marzo entrara en la estancia. A pesar de que el profesor creía ir completamente vestido, lo embargó un extraño pudor ante la doncella, y en pocas palabras se justificó por estar allí a una hora tan desacostumbrada, pero ella no pareció oírlas. Sin embargo, al volverse de los ventanales para levantar la alfombra, advirtió la presencia de la silenciosa figura en el sillón, se le escapó un siniestro chillido y salió corriendo. «¿Qué es esto que es extraño –pensó el profesor–, ¿se tratará realmente de una pesadilla? ¿Por qué no me ha visto Mary? La llamé por su nombre, ¿por qué no me ha oído? Empiezo a pensar que estoy enfermo. Tal vez tengo fiebre y estoy delirando, aunque a decir verdad me encuentro mejor que nunca. Todo es muy extraño, rayano en lo inexplicable.»

Entonces se asomaron en la puerta los rostros de James, el lacayo, y Sarah, la cocinera, seguidos de Mary, todos con la alarma dibujada en el rostro.

–No temáis –les dijo el profesor–, sólo padezco una pesadilla. En un instante pasará. Ven aquí a despertarme, James, como sueles hacer todas las mañanas.

Ninguno le prestó la menor atención, sin embargo.

–Ay, pobre señor –exclamó la cocinera–, ¿y qué dirá la señora?

–Quiá, cocinera, no nos acerquemos ni un paso más –dijo Mary–. Te digo que es un espantajo, no lo imaginas. Creo que no me recuperaré de la impresión mientras viva.

–Vamos, no digas tonterías –terció James, más heroico–. Supongo que será sólo uno de sus ataques o a lo mejor es que ha tomado alguna copita de más. A vosotras las mujeres os gusta dar sustos a vuestro padre y señor mío. Mirad, si está ahí apoltronado de lo más campante. No está más muerto que yo, y yo he apostado dos peniques.

–Tú da la vuelta al sillón y mírale la cara –dijo la doncella–. Entonces ya me dirás quién da sustos a vuestro padre y señor mío. Si ese pobre no está tieso, es que nunca he visto a un muerto, mira lo que te digo. ¡Si por poco me muero yo también al verlo!

–¡Dios mío, muchachas, y tan muerto que está! –dijo James al rodear la alfombra y mirar el cadáver cara a cara–. Se ha quedado como un pajarito... Y tan de repente. Pobre hombre. Era malo como yo, pero no debemos reprochárselo ahora que ha fallecido.

Entonces Sarah se acercó tímidamente y tocó el cuerpo.

–Mirad, está más frío que frío. Debe de haber estirado la pata hace horas. Caramba, James, dame un traguito de ese brandy, que creo que me he mareado. ¿Y ahora qué hacemos?

–¿Qué hora es? –dijo el lacayo, mirando el reloj–. Las siete... y lleva aquí casi toda la noche. Veamos, por el momento hay que ir a buscar al médico, o nos meteremos en un buen lío. Así que vosotras dos, muchachas, bajad a la cocina y quedaos ahí sin decir ni pío. No permitáis que la señora se entere, haced lo que haga falta. El médico se ocupará de eso. Vamos, marchaos de una vez, yo cerraré la puerta con llave y traeré al doctor Barnes lo más rápido que pueda.

–Pues mira por dónde –comentó la cocinera con ánimo dicharachero, mientras se apresuraban a salir de la biblioteca–, no dejó que la pobrecita señora llamara al doctor Barnes la semana pasada, cuando tuvo aquellos dolores terribles, pero poco podía imaginar que la próxima vez que el médico acudiera a esta casa sería para verlo cadáver. La verdad es que a veces se las ha hecho pasar negras a la pobre que Dios lo perdone.

–Eso sí es verdad –coincidió Mary–. A ver cómo se lo toma ella.

–¡Pues yo no lo voy a perdonar! –repuso James.

–Y el pobre chiquillo, ¡si se fue justamente ayer! Debe de andar vagando por ahí, a saber dónde. ¿No parece de pronto que todo fuese un castigo de Dios?

Y, tras este comentario, el profesor los oyó cerrar la puerta con sigilo y echar la llave.

Así pues, no era una pesadilla, estaba muerto de verdad. Pues bien, era lo más extraño que le había ocurrido nunca. ¿Dónde estaba el infierno, dónde estaba el cielo? ¿Acaso no podría salir jamás de...

sample content of El mensaje del muerto

- [read online Immortal.pdf](#)
- [download online *The Assassin and the Underworld \(Throne of Glass, Novella 3\).pdf*](#)
- [Hunters & Shooters: An Oral History of the U.S. Navy SEALs in Vietnam for free](#)
- [download Nopalgarth \(Nopalgarth, Books 1-3\) pdf, azw \(kindle\)](#)

- <http://www.celebritychat.in/?ebooks/Immortal.pdf>
- <http://dadhoc.com/lib/Pattern-Oriented-Software-Architecture--On-Patterns-and-Pattern-Languages.pdf>
- <http://dadhoc.com/lib/Above-Suspicion--Anna-Travis--Book-1-.pdf>
- <http://thermco.pl/library/Nopalgarth--Nopalgarth--Books-1-3-.pdf>